

anf 0994



## GABRIELA MISTRAL

# La mujer de los reinos

**C**HILE es el país que menos me conoce... y el que menos me lee", confidenció una vez Gabriela Mistral a su joven amigo Gastón von dem Busche, profesor de Literatura y "mistraliano" desde los 17 años.

La queja probablemente sigue vigente. Aunque en éste, el año del centenario de su nacimiento, las decenas de homenajes organizados en su honor tal vez logren revertir la situación. Y la Mistral, llamada "Divina" alguna vez, pase a ocupar definitivamente el lugar que otros, antes que los chilenos, le reconocieron.

La decisión de la Academia Sueca de elegirle Premio Nobel de Literatura, en 1945, fue una sorpresa para Chile entero. Se necesitaron seis años más para que los eruditos locales reconocieran sus méritos y le otorgaran, en 1951, el Premio Nacional de Literatura.

Quizás a ella ya no le interesaba. O quizás sí. Impredecible y contradictoria, mantuvo con su país una relación de amor no exenta de resentimientos.

"Recibo diariamente en mi correo de treinta a cuarenta anónimos chilenos de una agresividad y brutalidad increíbles", le diría a su amigo von dem Busche, en otra ocasión.

¿Por qué? Difícil saberlo con exactitud. Pero no imposible sospecharlo.

- A cien años de su nacimiento, se organizan múltiples homenajes en su honor.
- Comienza también a desahucarse la leyenda negra que rodeó su vida.

### LA LEYENDA NEGRA

Todo en ella ha sido discutido. Incluso el día de su nacimiento que muchos expertos fijaron en el 6 de abril de 1889. Hasta que ella misma corrigió el error al entregar sus datos a una editorial de Barcelona: "Nací en Vicuña, Elqui, el 7 de abril de 1889".

Lo de Vicuña fue sólo un accidente, "un puro azar" diría, pues Montegrande fue el lugar de su infancia.

Niña de Jeronimo Godoy y de Petronila Alayaga, de su padre heredó la vocación de maestra, las sandalias andariegas, la vena poética... y sus ojos verdes. Aunque la abandonó a los tres años, ante la imposibilidad de mantener a su familia, sería una figura de la cual nunca se despegó.

Creció junto a su madre y su hermanastra Emelinda Molina, estableciéndose entre ellas una relación que muchos estudiosos no vacilan en calificar de tensa y conflictiva. Pero que ella se encargó de desmentir con sus versos y sus actos. "Mi madre va conmigo / si olvidada ni rendida /... escribí y a su muerte, ocurrida en 1929, todo su dolor se quedaba reflejado en su poema "Lápida filial": "regazo ancho que calentó / con una horraza que no se enfría / mano pequeña que me sostenía / con un contorno que me fundía / presuntivo, resucitado...".

Pero esa leyenda, más fuerte que la de las desavenencias familiares, continuó a la par con su fama: la de sus amores.

Por años se dijo, de esta mujer aparentemente fea y honesta, que sólo había conocido un amor, trágico por antedichado. Tal vez lo segundo sea lo único cierto. Porque amores tuvo varios, pero nunca felices.

El más conocido lo vivió con el empleado ferroviario Roberto Ureta, a quien conoció en 1906. A 1907 cuando era profesora en la escuela de La Cisterna. Ella tenía 18 años; él, 22. La relación no duró más de un año, pero la penuria por mucho tiempo. Y cuando Romelio Ureta "trató de ser como yo", ella le dijo: "se quitó la vida, hacia cuatro años que todo había terminado entre ellos".

Pero, como escribiera después el crítico Alonso "el amor que aquel joven le inspiró y la herida que el caso su muerte pueden considerarse el germen de todo lo demás que le ocurrió... incluso el Premio Nobel".

Con la saga abierta escribió "Los Sonetos de la Muerte", que le dieron no sólo la consagración inicial al ganar los Juegos Florales celebrados en Santiago, en 1914, sino también dejaron atrás a la maestra Lucía Godoy para dar paso a la poetisa Gabriela Mistral.

Tenía entonces 25 años y se desempeñaba como profesora de castellano en el liceo de Níñas de Los Andes. No accedió a recibir el premio, pero senada sobre el público prestigio la ceremonia que se llevó a cabo en el desaparecido Teatro Santiago.

La lectura pública de esos sonetos meterían toda la pasión que era capaz de sentir aquella joven maestra rural, que alguna vez fue alta y espiada y que más que amada, amó intensamente.

Supo de los celos ("El paso con otra / yo lo vi pasar..."); de la vejez ("Tengo vergüenza de mi boca triste, / de mi voz rota y mis rodillas rudas"); del traxis ("Ahora Cristo, bágame los párpados") y de la obsesión que domina a los enamorados ("¡Oh, no!

ambater nada, todo lo tengo  
me dige, es justo que me  
sepas a su cantamiento  
i a dios. Manuel, te amo  
inmensamente. un  
ya te he dicho lo que me  
para. Después de tres  
tiempos me te do una  
detalle. Nunca en mi  
cuaderna al sentirte  
en esto de amargo  
no te pareces. Dices  
con locura tu palabra  
i tal callar con una  
permanencia inmensa.  
No pedecis mucho, pero  
ya el destino te levanta  
detras de los milagros  
del amor. te mejo que  
me me reter por un casto  
de los tiempos. Si un  
hey, no ya pines tien  
deseos hasta a pesar.  
Alivia de fogos (de feos)  
te daris al amor a un

## La Mujer de los reinos [artículo].

Libros y documentos

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1989

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

La Mujer de los reinos [artículo]. retr.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile